AÑO V — 2.ª ÉPOCA — Montevideo — Primer Domingo de Agosto de 1904 — NÚM. 45

ADMINISTRACION
Calle Mercedes, 470
HORAS DE OFICINA
De 12 m. á 4 p. m.

LA VOZ DEL OBRERO

ADVERTENCIA

Los originales no se devuelven sean ó no publicados.

PUBLICADO POR LA SOCIEDAD DE OBREROS ALBAÑILES Y ANEXOS

Int. Instituut Soc. Geschiedenis Amsterdam

La ambición y el egoismo, son madres de la miseria.

APARECE EL PRIMER DOMINGO DE CADA MES

El mejoramiento del obrero debe ser obra del obrero mismo.

MONTEVIDEO, AGOSTO 7 DE 1904

SOCIEDAD COSMOPOLITA

DE

OBREROS ALBAÑILES Y ANEXOS DE MUTUO Y MEJORAMIENTO

Calle Mercedes núm. 470

MONTEVIDEO

HORARIO

De 6 á 11 y de 1 á 6	De 6 á 11 y de 2 á 7	De 6 1/2 á 11 y de 1 á 5 1/2	De 7 á 11 y de 1 á 5
Noviembre	Diciembre Enero	Febrero Marzo Agosto Setiembre Octubre	Abril Mayo Junio Julio
Total 10 horas	Total 10 horas	Total 9 horas	Total 8 horas

Sección "Mútuo"

Previénese á todos los asociados que el primer domingo de los meses Marzo, Junio, Septiembre y Diciembre, celebra esta sociedad asamblea general ordinaria á las 3 p. m.

Sección "Mejoramiento"

Se comunica á todos los socios de esta sección que todos los segundos domingos de cada mes, se celebrará asamblea general ordinaria á las 3 de la tarde.

Sociedad de Obreros Albañiles Anexo

DE

MUTUO Y MEJORAMIENTO

Cuadro demostrativo del estado de la Caja social en el período del 1.º de Diciembre de 1903 al 31 de Mayo de 1904.

ACTIVO

Existencia en caja el 1.º de Diciembre 1903		$ 683.82
Coutas cobradas del Mutuo.	$ 2.440.00	
Sección Inscriptos para los doctores	» 46.90	» 2.486.90
Suma total		$ 3.170.72

PASIVO

Boticas	$ 391.71
Doctores	» 674.09
Subsidios	» 389.80
Empleados	» 512.36
Hospital	» 45.75
Dentistas	» 12.00
Baños, etc.	» 33.35
Servicio fúnebre	» 60.00
Préstamo social	» 24.40
Imprenta Latina	» 72.00
Corrector	» 24.00
Impuestos Municipales	$ 9.00
Aguas corrientes	» 3.84
Alquiler local social	» 60.00
Ortopédico	» 5.00
Sellados	» 0.27
Sdad. Rempatrio é Laboro	» 2.00 $ 2.319.57
En caja	» 851.15
Suma total	$ 3.170.72

Caja de Préstamo social

ACTIVO

Existencia en caja el 1.º de Diciembre de 1903.	$ 171.60	
Entradas	» 24.40	
Suma total	$ 196.00	

Caja de Inscriptos

ACTIVO

Existencia en caja el 1.º de Diciembre de 1903		$ 284.97
Cuotas cobradas	$ 320.40	
Amortización Recaudador	» 10.00	» 330.40
Suma total		$ 615.37

PASIVO

Boticas.	$ 110.26	
Doctores	» 51.00	
Empleados	» 38.42	
Dentistas	» 8.00	
Baños, etc.	» 11.21	
Librería	» 2.26	
Imprenta Latina	» 4.20	
Almacenero	» 0.16	$ 225.51
En Caja		» 389.86
Suma total		$ 615.37

RESUMEN

Del efectivo en caja el 1.º de Junio 1904	$ 1.437.01
Cuotas á cobrar en poder del Cobrador Junio 26	» 639.40
Muebles y útiles.	» 491.49
Inmueble Arenal Grande y La Paz.	» 1.922.45
Total del activo	$ 4.490.35

Movimiento de recibos habidos desde el 20 de Diciembre de 1903 hasta el 26 de Junio de 1904.

SALIDAS

En poder del cobrador el 20 Diciembre 1903		$ 624.00
Idem idem Enero 1904		» 424.00
» » Febrero »		» 425.00
» » Marzo «		» 420.00
» » Abril »		» 421.00
» » Mayo »		» 427.00
» » Junio 26 »		» 417.00
Total recibos entregados		$ 3.158.00

ENTRADAS

Entregas hechas por el cobrador Diciembre 1903.		$ 138.00
Idem idem Enero 1904		» 400.00
» » Febrero		» 383.00
» » Marzo		» 394.00
» » Abril		» 400.00
» » Mayo		» 442.00
» » Junio 26		» 333.00
Recibos devueltos idem.		» 97.00
Idem en poder del cobrador idem		» 571.00
Total en dinero y recibos.		$ 3.158.00

Recibos de Inscriptos

SALIDAS

En poder del cobrador el 20 Diciembre 1903	Recibos	137
Idem idem Enero 1904.	»	91
» » Febrero	»	93
Idem idem Marzo	Recibos	93
» » Abril	»	94
« » Mayo.	»	94
» « Junio 26.	»	94
Total.		696
Entregas hechas por el cobrador Diciembre 1903 equivalentes á.	Recibos	25
Idem idem Enero 1904	»	90
» « Febrero.	»	83
» » Marzo	»	91
» » Abril	»	90
« » Mayo	»	102
» » Junio 26	»	80
Recibos devueltos idem idem	»	18
Idem en poder del cobrador id.	»	117
Total.		696

Montevideo, Junio 26 de 1904.

A la Comisión Directiva de la Sociedad Cosmopolita de Obreros Albañiles y Anexos.

Compañeros, salud:

Los abajo firmados, miembros de la Comisión Fiscal, manifestamos haber procedido á la revisación de las cuentas y libros de la Sociedad, correspondiente al semestre, desde el 1.º de Diciembre de 1903 hasta el 31 de Mayo de 1904 y con respecto á los recibos, desde el 20 de Diciembre de 1903 hasta el 26 de Junio de 1904.

Por tanto, declaramos haber hallado todos los comprobantes y la contabilidad perfectamente en regla, sin observación alguna.

Cumpliendo nuestro cometido nos es grato saludar á los compañeros

Francisco Castro — Gerónimo Elmiat — Juan Froquelli.

Comisión Directiva

La Comisión Directiva celebra sus reuniones ordinarias el sábado siguiente al 15 de cada mes.

Balance de la Caja social del mes de Junio de 1904

ACTIVO

Existencia en caja el 1.º de Junio de 1904.		$ 851.15
Cuotas cobradas en el mes	$ 385.00	
Por 8 diplomas	» 1.60	
Sección Inscriptos por doctores, Mayo 1904	» 9.21	» 395.81
Suma total.		$ 1.246.96

PASIVO

Boticas mes de Mayo 1904	$ 83.69	
Doctores » »	» 115.58	
Subsidios M. y J. »	» 77.00	
Empleados » »	» 84.10	
Baños » »	» 28.50	
Préstamo Social » »	» 3.85	
Imprenta Latina » »	» 9.50	
Corrector » »	» 4.00	
Imp. Mpales. » »	» 1.80	
Aguas Corrientes » »	» 0.62	
Alquiler Social M. »	» 10.00	$ 418.64
En caja		» 828.32
Suma total.		$ 1.246.96

Caja de Préstamos Social

ACTIVO

Existencia en caja el primero de Junio de 1904	$ 196.00
Entradas en el mismo mes	» 3.85
Suma total.	$ 199.85

Balance de la Caja de Inscriptos del mes de Junio de 1904

ACTIVO

Existencia en caja el 1.º de Junio de 1904	$ 389.86
Cuotas cobradas en el mes	$ 49.70
Amortización recaudador	» 1.00 $ 50.70
Suma total	$ 440.56

PASIVO

Boticas mes Mayo 1904	$ 36.43	
Doctores » »	» 17.71	
Empleados Junio » »	5.96	$ 60.10
En caja		» 380.46
Suma total		$ 440.56

Enfermos asistidos en el mes de Junio de 1904: **105.**

Ingresos habidos en el mes de Junio de 1904 —Socios: Pedro Crechia, José Capecchi, Jorge Guzzo, Tomás Pateta, Fausto Patets.—Inscriptos: Luisa Antoniazza Teresa Sarti.

RUSIA Y JAPON

Para saber á què lado deben inclinarse, en el conflicto que ensangrienta el Extremo Oriente, las simpatías y los deseos, no digo ya de los socialistas, sino simplemente de los demócratas, basta examinar las consecuencias, primero, de la derrota; segundo, del triunfo de los que impropiamente se llaman «nuestros aliados puesto que el presunto tratado que habia de «aliarnos» no existe, ya que jamás ha sido sometido á la ratificación del país ó de sus representantes.

Rusia vencida—sin perjuicio orgánico para el pueblo ruso, que no es alcanzado en ninguna de sus partes, pues la Manchuria y la Corea, por las cuales se pelea, constituyen territorios absolutamente «extranjeros»—sería la caída del zarismo, que no sobreviría, que no podría sobrevivir á la potencia militar que le sirve de sostén y con la cual se confunde. Como escribí hace veinte años, «las clases aristócrata y burguesa, que, sobrado cobardes para obrar por cuenta propia, no han sabido hasta hoy hacer otra cosa que dejar pasar las bombas nihilistas, se verán de pronto elevadas al gobierno, en lo sucesivo constitucionalizado, parlamentarizado, «occidentalizado». Y esto, al propio tiempo que representaria la primera etapa necesaria hácia la Revolucion social sería romper la espina dorsal de la reacción europea.

Por otra parte, la paz internacional quedaría asegurada, y ningún Delcassé, ni siquiera un Deroulède, podrían pensas en la movilización de un solo solo soldado para arrojar en las fauces del ogro moscovita el trozo que á China le hubiera sido arrancado.

Al contrario, al quedar Rusia victoriosa y yendo hasta el límite de su triunfo, Inglaterra y los Estados Unidos intervendrían militarmente, no para defender ó vengar al Japon, de quien nadie recela, sino para impedir que los mares de la China y el Japon se transformaran en lago ruso. La guerra se encendería de nuevo, extendida á Europa y América, y en esta conflagración universal, no obstante nuestra resolución bien marcada de no dejar carta blanca á nuestros gobernantes, nada garantiza que no fuese arrastrada la República francesa.

Sería, en resúmen, según la expresión de Mehring, «la hegemonía zariana consolidada por tiempo ilimitado».

No cabe, pues, duda alguna.

En interés y por la paz de Francia y del mundo; en interés y por la libertad de Rusia misma, es necesario pronunciarse contra Rusia y en favor del Japón.

¡Viva el Japón!

JULIO GUESDE.

HUELGA GENERAL Y REVOLUCION

Cuando se habla de huelga general fuerza es, ante todo, definir el sentido de las palabras. No se trata, por supuesto, de la huelga general de una corporación solamente. Si, pongamos por caso, los obreros mineros franceses deciden por mayoría que hay motivo para declararse en huelga con el fin de obtener una pensión de retiro mayor y un mínimo de salarios, será una huelga importantísima y podrá designársela como huelga general de los obreros mineros. Pero no es eso lo que entienden por huelga general, los que en ella ven el instrumento decisivo de emancipación. No se trata de ningún modo en su pensamiento, de un movimiento circunscripto á una corporación, por grande que sea.

Por otra parte, sería facil decir que no habrá huelga sino cuando la totalidad de los asalariados en todas las categorías de la producción, dejara simultaneamente el trabajo. La clase obrera esta muy dispersa, para que tal unanimidad en la huelga tenga posibilidad y hasta sea concebible.

La palabra de huelga general tiene otro sentido más concreto y, al mismo tiempo, más extenso. Significa que las corporaciones más importantes, aquellas que dominan todo el sistema de la producción, detendrán al unísono el trabajo. Si, por ejemplo, los obreros de los caminos de hierro, los mineros, los obreros de los puertos y los dock, los metalurgistas, los obreros de tejidos y filaturas y los constructores de edificios en las grandes ciudades, detuviesen simultaneamente el trabajo, habria huelga general. Quienes de las palabras sacaran partido para bromear, perderían el tiempo.

Para que hayr huelga general no es de necesidad que el total de las corporaciones entre en batalla, ni hasta es preciso que, en las corporaciones que tomen parte en el movimiento, el total de los obreros huelgue. Basta con que en las corporaciones donde el poder capitalista está más concentrado, en las que la fuerza obrera está mejor organizada las cuales son así como el lazo del sistema económico, acuerden suspender el trabajo; es bastante con que acaten el acuerdo un número de obreros tal que, practicamente, el trabajo de la corporación quede en suspenso.

A la huelga general, de este modo entendida, no se la puede objetar de quimérica é ineficaz.

A medida que la organización obrera se extiende, estos movimientos del conjunto son más posibles. Si se producen pueden ejercer sobre las clases directoras profundo efecto. No es ya una corporación la que deja el trabajo, son un conjunto de corporaciones. No es, pues, un movimiento corporativo, sino un movimiento de clase. ¿Y cómo un movimiento general de la clase esencialmente productora, que no puede ser suplantada, iba á quedar en la inacción?

***

Pero aquí el equívoco no debe existir. No hay que imaginarse que la palabra de huelga general tenga alguna, virtud mágica, ni que la huelga general tiene en sí misma una eficacia absoluta é incondicional. La huelga general es práctica ó quimérica, útil ó funesta, según las condiciones en las cuales se produce el método que emplea y el fin que se propone.

Precisa, en mi sentir, tres condiciones indispensables para que una huelga general pueda ser útil: 1º. necesidad de que el objeto por el cual se declara, interese real y profundamente á la clase obrera. 2.º, necesidad de que una gran parte de la opinión esté preparada para reconocer la legitimidad de este objeto: 3.º, que la huelga general no aparezca de ningun modo como un disfraz de la violencia y que sea sencillamente el ejercicio del derecho legal de huelga, por más sistemático y vasto, y con un caracter de clase más acentuado.

Ante todo es necesario que el conjunto de los obreros organizados conceda gran importancia al objeto por el cual la huelga se declara; ni las decisiones de los congresos corporativos, ni las órdenes de los comités obreros, bastarian para hacer entrar á la clase obrera en una lucha siempre temible. Para afrontar las privaciones y la miseria y, aun para escapar á las influencia del medio del que se está rodeado se necesita una gran energía Esta energía no puede surgir en toda clase más que por una pasión grande, y la pasión á su vez, no se produce en las almas, hasta el grado de obrar y combatir, sino por un interés muy grande y, al mismo tiempo próximo por un objeto importantísimo y de realización inmediata.

Se comprende, por ejemplo, que las corporaciones mejor organizadas y más concientes, ante la acción de una propaganda activa y concreta lleguen á interesarse por la jornada de ocho horas, los retiros á la ancianidad é invalidez, por el seguro serio y cierto en la falta de trabajo; se comprende si los poderes públicos resisten ó eluden la cuestion, que la clase obrera acumule en lo hondo de su conciencia energía y pasión bastantes para declarar una grande y perseverante huelga. Entonces es por fines más vastos y concretos, por reformas extensas, claras é inmediatamente realizables, por lo que lucha. Entonces á la señal que den las organizaciones se responderá; de otro modo, no.

Más no es bastante que el proletariado esté realmente animado é interesado; no es lo suficiente con que obedezca á su propia impulsión interior y no á una orden exterior. Necesita, además, que haya demostrado á una fracción notable de la opinión que sus reivindicaciones son legítimas é irrealizables inmediatamente.

Toda huelga general traerá necesariamente una perturbación en las relaciones económicas; contrariará costumbres y atacará intereses. La opinión del conjunto del país—y hasta parte importantísima de los asalariados de todas clases que no haya entrado en el movimiento—se pronunciará de modo decisivo contra aquellos que sean responsables de la prolongación del conflicto

Así, pués, la opinión no hará á la clase capitalista responsable, ni se volverá enérgicamente contra ella, más que por una propaganda ardiente y sustancial, y cuando la equidad de las reivindicaciones obreras y la posibilidad de realizarlas inmediatamente se le haya demostrado. Entonces se volverá contra el egoismo de los grandes poseedores y contra la rutina ó el egoismo de los poderes públicos, y la huelga general tendrá notable éxito. Por el contrario, si la masa indiferente no hubiera sido advertida, y en parte conquistada, se declarará contra los huelguistas Y como ninguna fuerza ni aun la revolucionaria, prevalece contra la opinion del conjunto del país, la clase obrera sufriría un extenso desastre.

JUAN JAURÉS

NECROLOGIA

ANGEL LANZA

† EL 10 DE MAYO DE 1904

Apesar de haber transcurrido ya algunos días del fallecimiento del apreciable compañero con cuyo nombre encabezamos estas líneas, tomamos la pluma entristecidos por tan sencible como inesperada pérdida.

Una misma pena y un mismo dolor embargan por igual todos los corazones, sintiendo como propia la desgracia que afecta á la familia del infortunado compañero.

Que la tierra le sea leve al honrado trabajador, y que la resignación sea un verdadero bálsamo para su familia, para soportar la sensible perdida que acaba de experimentar.

Enviamos desde las columnas de esta hoja la siempre viva del recuerdo eterno.

NUESTRA SUCURSAL

La Sucursal que nuestra Sociedad tenía en el Camino Larrañaga, frente á la Capilla de Jackson, ha trasladado su nuevo domicilio á la calle Larrañaga y Camino-Burgues.

Como ya saben nuestros compañeros la sucursal está á cargo de nuestro apreciado y desinteresado consocio, D. Pedro Rejil.

El cual tiene el agrado de ofrecer á sus compañeros su nueva casa comercial, que es un hermoso sitio de recreo donde los visitantes podrán pasar alegres ratos departiendo como siempre de cosas amistosas y solidaristas.

Clase media...

Ricardo se sentó en la orilla de la cama y empezó á recoger pacientemente la página de avisos, el ojo alerta, agitado el corazón por una débil esperanza. Desde que se le había destituido del último empleo, que le proporcionaba noventa pesos mensuales, hacía de esto unos seis ó siete meses, todas las mañanas llenaba esa tarea, antes de salir á la calle á buscar empleo. Sabía de varios amigos suyos que habían logrado ocuparse por ese medio, y no dudaba que llegaría para él también su turno.

Sin embargo su valor empezaba á flaquear viendo que cada día que pasaba era una cruel decepción para él; los empleos escaseaban, y cuando reanimado por una súbita esperanza, llegaba sudoroso y jadeante á la puerta de alguna tienda ó de algún escritorio, se encontraba con que había allí una verdadera romería de aspirantes; pobres empleados como él, atraídos por el puesto codiciado, husmeando la presa, lanzando miradas de desconfianza á los competidores

Entonces volvía á su casa abatido y cabizbajo, la mirada oblicua como la de esos perros vagabundos y hambrientos que cruzan tímidamente las calles y que los pilluelos apedrean al pasar. Mil pensamientos tristes se cruzaban, como nubarrones cargados de tempestad en su pobre cabeza estraviada, y el porvenir le aparecía como una lenta sucesión de espantosos abismos, en cuyo fondo acechábanlo la deshonra y el crimen.

Aquella mañana las cuatro páginas de anuncios estaban atestadas de pedidos. Labradores en maderas y metales, peones para el campo, maquinistas y manuales trabajadores de todos los gremios venían solicitados con apremiantes llamados.

Se pedían hombros macizos y brazos hercúleos, acostumbrados á soportar tremendos fuegos que estropean y matan, manos ágiles, diestras, para forjar tesoros de lujo, objetos raros de arte que embellecen la vida ociosa y refinada de los ricos. Manos rudas, pesadas como mazas, manos rápidas, seguras, de artesanos de la herramienta; fuerza opresora é inteligente que transforma y amolda la cosa é inerte materia, para fabricar los utensilios indispensables á la existencia civilizada.

De esas páginas salía una invocación uniforme, insistente, un ruego sumiso lleno de promesas susurradas discretamente, ó alardeadas con soberbia villana, al oído de la clase trabajadora. Era la súplica tierna é hipócrita del amo omnipotente que pedía la savia humana, la fecundante lluvia de sangre proletaria destinada á redoblar su poder aplastador é invencible.

Para él no había nada. Nadie pedía el concurso de su limitada inteligencia, nadie necesitaba de su humilde cooperación. El no tenía oficio; había crecido andando de un escritorio á otro, siempre sumiso á su destino miserable ¡Cuántas veces había envidiado á los trabajadores manuales, á los changadores de las esquinas!

Tiró el diario en un rincón, vencido por el cansancio de aquella lectora. Había agotado sus economías, doscientos pesos redondos, juntados con esfuerzo doloroso y privaciones sin fin. En el barrio debía á todo el mundo, al almacenero, al dueño de casa, al panadero Eso no podía durar.

¿Qué haría cuando cansado de pedir, de buscar, de esperar, encontrara cerradas todas las salidas, y viera á su mujer, á su hija, estenuadas por el hambre? ¿Qué haría?

Y espantado por aquella visión, fuera de sí, sentía subir al rostro oleadas de vergüenza y de rabia, viendo acercarse el desenlace de aquella situación intolerable. La noche anterior había tenido una terrible pesadilla, cuyo recuerdo lo hacía estremecer. Le parecía estar en la calle caminando entre los gendarmes, deshecho el traje, las manos regiones de dibia sangre. Oía tras de sí el vocerante clamor de la multitud pidiendo su cabeza con insistencia aterradora. Un grito de mortal angustia, un desesperado sollozo se escapó de su garganta despertándolo!

En la pieza, apenas alumbrada por una lámparita de aceite, todo estaba tranquilo, sumido en la calma profunda de la noche silenciosa. Su mujer dormía, al parecer en sueño apacible, el pensamiento libre de las preocupaciones que lo atormentaban, las facciones serenas, casi sonrientes. Del cuarto vecino venía el soplo leve, rítmico, de la respiracion de su hija Elisa que descansaba en su pequeña cama de niña. Ricardo miró

sus manos; no tenían mancha alguna de sangre, estaban blancas, agitadas por un temblor convulsivo. ¿Había sido, pues, un sueño?

Se volvió á dormir algo tranquilizado, mientras una vaga esperanza renacía en él, confortándolo á luchar todavía. Entonces soñó que estaba empleado en un inmenso almacén, ganando doscientos pesos por mes, y que su mujer y su hija estaban gozosas y bien vestidas.

El recuerdo de este sueño volvía á seducirlo ahora, en esa mañana encantadora, en pleno día, acariciándolo como una lejana realidad fugitiva.

¿Por qué se acobardaba? ¡Cuántas veces se había encontrado en situaciones parecidas, é inesperadamente, cuando menos lo había pensado, se le brindaba un puesto un empleo!

Abajo, en la calle, aumentaba el movimiento. Por la ventana abierta llegaba hasta él, vibrante y poderoso, el hálito gigantesco, el colosal fermento de vida que, como un inmenso clamor de batalla se difundía en la atmósfera polvorienta, caldeada por los rayos de fuego del sol de Diciembre. Carros cargados de mercaderías y de frutos, tranvías repletos de pasajeros, ginetes y ciclistas, peatones y carruajes, animales y hombres, pasaban sin cesar, renovándose constantemente, mezclándose y cruzándose en una abigarrada y pintoresca confusión, en medio de un estruendo ensordecedor que hacía temblar la casa.

Ricardo seguía sentado en el borde de la cama, abismado en el pensamiento de su empleo Su vida, el honor de su mujer y de su hija, dependían de la solución de aquel enigma. Quizás todo iba á resolverse en algún incidente imprevisto; talvez mañana mismo estaría colocado y feliz. Después de todo no pretendía conquistar un imperio; una vacante podría producirse de un momento á otro, se trataba de saber aprovechar la ocasión.

Y el pensamiento fatigado é inquieto, trazaba al azar un plan de quiméricas dichas, meciendo el dolorido espíritu agonizante en una suave embriaguez que aturdía los sentidos. Después, un dulce letargo, una pereza aniquiladora, un olvido profundo de lo que lo rodeaba, vino á sumirlo en la insensibilidad de un cadáver.

Un ruido de pasos lo arrancó de aquel letargo; era su mujer que volvía del mercado, con la canasta en la mano, pálido y triste el semblante. Iba á decir algo, pero un sentimiento repentino de profunda lástima la detuvo: ¿con qué valor podía anunciarle la catástrofe?

Ricardo comprendió, sin embargo, cambiando con ella una rápida mirada llena de inquietud. La canasta estaba vacía; nadie quería fiar en adelante.

Entonces, como movidos por el mismo sentimiento, se estrecharon en un abrazo silencioso confundiendo sus lágrimas, mientras alrededor de ellos triunfaba el trabajo y la vida en la ciudad colosal que el sol de Diciembre envolvía en sus llamas abrasadoras.

ESTEBAN DAGNINO.

EL BURGUES DEL EVANGELIO

En el Evangelio de Mateo, capítulo XXV, versículos 14 á 27, se lee la siguiente parábola:

El reino de los cielos es como un hombre que antes de emprender un largo viaje, llamó á sus siervos y les entregó sus bienes, y á uno dió cinco talentos, á otro dos y á otro uno. El primero ganó con ellos cinco más, el otro dos y el tercero escondió su talento (unas cinco mil pesetas) bajo tierra. Vino el Señor y les pidió cuentas, y el de los cinco talentos le entregó diez, el de los dos, cuatro, y para ambos tuvo grandes elogios y esperanzas (una friolera, el ciento por ciento de ganancia): el tercero se expresó de este modo:—«Señor, yo te conocía que eras hombre duro, que siegas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste, y tuve miedo, y escondí tu dinero bajo tierra: aquí tienes lo que es tuyo». El Señor le respondió: «Malo y negligente siervo, sabías que siego donde no sembré y que recojo donde no esparcí, por tanto, te convenía dar mi dinero á los banqueros y yo hubiera recogido lo que es mío con usura.»

Así es el reino de los cielos.

Ya lo sabéis, vosotros que mediante el jornal, estáis bajo la servidumbre de un señor, como dice Mateo, ó de un burgués como se dice ahora; tomad los talentos que en forma de instrumentos de trabajo y primeras materias os entrega, duplicad su valor mientras él viaja, es decir, mientras se aparta del trabajo, y despues os tocará amistosamente el hombro, os llamará buen muchacho y quizá os proponga para la obtención de un premio á la virtud.

No os impiriéis en vuestra propia dignidad, ni en el derecho que os asiste á la posesión del patrimonio universal creado por toda la naturaleza y por toda la humanidad, porque aunque devolváis íntegro el capital que se os confía incurriréis en esta severa censura:

—Malo y negligente siervo, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí; por tanto, te convenía dar mi dinero á los banqueros, y viniendo yo, hubiera recibido lo que es mío con usura.

Ya lo sabéis, Jesucristo, según Mateo, lo declara terminantemente: poned vuestra inteligencia, vuestra vida entera, puesto que al trabajador le llama siervo y al burgués señor, y cada uno de vosotros duplicará la parte que de lo suyo os confía, dadle lo suyo con usura, notad bien esta circunstancia, «con usura», porque de lo contrario, oid lo que dice el inspirado evangelista:

Al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; ¡allí será el lloro y el crujir de dientes!

Los burgueses, generalmente, no leen el Evangelio, otra faena tienen; por ejemplo, la digestion y la combinacion incesante de sus interminables placeres; pero si alguno topa con el capítulo XXV de Mateo, de seguro dirá:—«Los siervos de los cinco y de los dos talentos son modelo de buenos obreros; éstos duplican el caudal del amo, ahorran, confían en la armonía del capital y el trabajo, tienen bula, y no cabe duda que en estos tiempos de democracia y sufragio universal votarán los legisladores que han de tirar del ramal autoritario. El otro, el de un talento, es un socialista, bien se le conoce en el lenguaje irrespetuoso que emplea con el amo». —¡Cómo resolará de gusto el burgués lector de la Biblia cuando llegue á este pasaje: «¡Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles!»

De modo que, según Mateo, que escribe, inspirado por el Espíritu Santo, y, por tanto, nos dá la palabra auténtica de Jesucristo, es buena la explotación del hombre por el hombre, es lícito el negocio usurario y no puede tolerarse que un siervo en vez de emanciparse de la servidumbre, como quizá podría hacerlo usando del capital que se le confiara y que abusivamente poseía el amo, se lo devuelve íntegro, aunque permitiéndose la libertad de calificarle con recto juicio.

Cuando se leen estas cosas en un libro santo, cree uno tener á la vista una encíclica del papa cerca de la cuestión social, una pastoral episcopal, una circular gubernativa, un discurso de propaganda política dirigida á los obreros ó uno de esos artículos con que los llamados obreros de la inteligencia se dignan difundir sus luces para uso de los obreros manuales.

A la distancia de veinte siglos el burgués del Evangelio se parece como un lobo á otro lobo al burgués moderno: quitad á aquél la túnica, el manto y el turbante; dadle una levita y demás accesorios, y ponedle en un escritorio, en la bolsa, en el casino ó en el «boudoir» de la horizontal favorita y tendréis un burgués perfecto, de esos á quienes se les pone piel de gallina cuando oyen hablar de huelgas, y azuzan á los gobiernos á que publiquen una cruzada contra las demasías proletarias.

De este punto, en que radica lo que pudiéramos llamar el Evangelio del día, resulta lo más fundamental del libro sagrado: la sumision del oprimido al opresor

No importa que en otro pasaje se lea lo del camello y la aguja, porqué eso, que al fin no es más que una contradicción evangélica, se halla también destruído por estas palabras que el mismo Mateo atribuye al Mesías: «Siempre habrá pobres entre vosotros».

El privilegio preponderante, la humillación enaltecida, y de estas dos ideas que la razón rechaza se forma una alegoría para darnos idea de lo que es el reino de los cielos, que se nos propone como ideal; que lo acepte el que carezca de sana razón, el hipócrita que tribute más respetos á la rutina que á la injusticia, el que se sienta adulado en sus concupiscencias de privilegiado, que el honrado y digno trabajador no puede hacer más que condenarlo.

ANSELMO LORENZO.

LOS HUMILDES EN LA POLÍTICA

Nosotros los humildes comprendemos muy mal lo que la política significa y lo provechosa que nos resultaría si en lugar de repudiarla supiéramos usar con inteligencia.

Sin duda os estrañará que un compañero de trabajo á quien todos los días veis á vuestro lado empeñado como vosotros en una tarea ruda y diversa que la de escribir, os hable de usar la política con inteligencia. A mi no me extraña que os asombreis de mi audacia y de mis pretensiones; no me extraña porque yo tambien he creido que los que trabajamos en los talleres y en las fábricas, los que vivimos en los conventillos, los que apenas sabemos leer, no teníamos nada que hacer con la política, y que la política no nos necesitaba para nada; he creido que la política era incumbencia de periodistas y abogados; que ellos entendían mejor las cosas de gobierno, y que, en consecuencia, trabajarían por nosotros y por ellos que si las cosas de este mundo no marchaban á nuestro paladar, era porque no podía ser de otro modo.

Ingénuamente aplaudía á mi mujer

EDMUNDO DE AMICIS 31

CORAZON

(DIARIO DE UN NIÑO)

trabajo de cada uno de mis discípulos, y aquí están numerados y ordenados. Muchas veces los ojeo, y así, el pasar, leo una línea de uno, otra línea de otro, y vuelven á mi mente mil cosas, que me hacen resucitar tiempos añejos. ¡Cuántos han pasado, querido señor! Yo cierro los ojos, y empiezo á ver caras y más caras, clases y más clases, cientos y cientos de muchachos, de los cuales Dios sabe cuantos han muerto ya. De muchos me acuerdo bien. Me acuerdo bien de los mejores y de los peores, de aquellos que me han dado muchas satisfacciones, y de aquellos que me hicieron pasar momentos tristes; los he tenido verdaderamente endiablados, porque en tan gran número, no hay más remedio. Ahora, usted lo comprende, estoy ya como en el otro mundo, y todos los quiero igualmente.

Se volvió á sentar, cogiendo una de mis manos entre las suyas.

—Y de mí—preguntó mi padre riéndose—¿no recuerda ninguna travesura?

—¿De usted, señor?—respondió el viejo con la sonrisa también en los labios.—No, por el momento. Pero no quiere esto decir que no me las hiciera. Usted tenía, sin embargo, juicio, y era serio para su edad. Me acuerdo el cariño tan grande que le tenía su señora madre... ¡Qué bueno ha sido y qué atento al venir á verme aquí! ¡Cómo ha podido dejar sus ocupaciones para llegar hasta la pobre morada de un pobre maestro!

—Oiga, señor Crosetti—respondió mi padre con viveza.—Recuerdo la primera vez que mi pobre madre me acompañó á su escuela. Era la primera vez que debía separarse de mí por dos horas, y dejarme fuera de casa, en otras manos que las de mi padre, al lado de una persona desconocida. Para aquella buena criatura, mi entrada en la escuela era como mi entrada en el mundo, la primera de una larga serie de separaciones necesarias y dolorosas: era la sociedad que la arrancaba por primera vez al hijo para no devolvérselo jamás por completo. Estaba conmovida, y yo también. Me recomendó á usted con voz temblorosa, y luego, al irse, me saludó por la puerta entreabierta con los ojos llenos de lágrimas. Precisamente en aquel momento usted le hizo un ademán con una mano, poniéndose la otra sobre el pecho, como para decirle:—Señora, confíe en mí.—Pues bien; aquel ademán suyo, aquella mirada por la cual me dí cuenta de que usted había comprendido todos los sentimientos, todos los pensamientos de mi madre; aquella mirada que quería decir: «¡Valor!»; aquel ademán, que era una honrada promesa de protección, de cariño y de indulgencia, jamás la he olvidado; me quedó esculpida en el corazón para siempre; aquel recuerdo es el que me ha hecho salir de Turín. Hémo aquí, después de cuarenta y cuatro años, para decirle:—Gracias, querido maestro.

El maestro no respondió; me acariciaba los cabellos con la mano, la cual temblaba, saliendo de los cabellos á la frente, de la frente á los hombros.

Entretanto, mi padre miraba aquellas paredes desnudas, aquel pobre lecho, un pedazo de pan y una botellita de aceite que tenía sobre la ventana, como si quisiese decir:—Pobre maestro, después de sesenta años de trabajo, ¿es éste tu premio?

Pero el pobre viejo estaba contento, y comenzó de nuevo á hablar con viveza de nuestra familia, de otros maestros de aquellos años, y de los compañeros de escuela de mi padre, el cual se acordaba de algunos, pero de otros no: el uno daba al otro noticias de ésto ó aquél: mi padre interrumpió la conversación para suplicar al maestro que bajase con nosotros al pueblo para almorzar. El contestó con espontaneidad:—Se lo agradezco, muchas gracias; — pero parecía indeciso. Mi padre, cogiéndole ambas manos, le suplicó una y otra vez.—¡Pero cómo voy á arreglarme—dijo el maestro—para comer con estas pobres manos, que siempre están bailando de este modo! ¡Es un martirio para los demás!—Nosotros le ayudaremos, maestro—dijo mi padre. Aceptó, moviendo la cabeza y sonriendo.

—¡Hermoso día!—dijo cerrando la puerta de

cuando me regañaba porque yo repetía á los vecinos lo que me había dicho alguno de esos socialistas que no faltan en los talleres y fábricas; sobre todo le reconocía talento y tacto extraordinarios cuando me decía: «Facundo, no te metas en esas cosas; concrétate á ver, oir y callar; hazte siempre ol tonto».

Si alguna vez yo me permitía reflexionar acerca de la política, llegaba á la conclusión de que un trabajador inmiscuido en política resultaba tan ridículo como uestido con blusa y galera de felpa.

Esos jóvenes que en el trabajo nos hablaban de nuestras miserias y fatigas, y de la posibilidad de impedir las calamidades que con tanta frecuencia azotan nuestros hogares, me recordaban los primeros años de mi joventud cuando yo leía novelas románticas que apartándome de las realidades de la vida me mantenían en perpetuo sueño, huía de tales jóvenes que me parecían hasta peligrosos porque con frecuencia adelantaban conceptos depresivos para nuestros jefes y patrones.

Conozco el estado de nuestra mentalidad, y se las palabras que usaréis para manifestar vuestra sorpresa: ¡Como! ¡Facundo, el temeroso Facundo que se turbaba á la sola presencia de los jefes, Facundo abogando por nuestra participación en los enredos políticos!

Por lo que precede veis que no me asombra vuestro asombro de oirme hablar de la conveniencia de nuestra actuación en la vida política.

Os diré algo que os asombrará más: Tengo la pretensión de convenceros que la política está tan relacionada con nuestro salario como éste lo está con nuestro trabajo; que la posibilidad de vivir en una casa más ó menos cómoda é higiénica depende de nuestra participación de la política; que de ella depende la instrucción de nuestros pequeños, y que, en fin, de ella depende la posibilidad de vivir una existencia más en harmonía con la civilización, que nos ofrece una porción de placeres materiales é intelectuales de los que nosotras no teníamos ni noticias.

Mi pretensión es un tanto aventurada, lo sé; pero estoy animado por el propósito de llevar á la mente de los trabajadores del taller y de la fábrica los nuevos horizontes que alegran mi vida dándome la noción de que soy un sér inteligente, una partícula consciente y útil en el complejo organismo sosial.

¿Como realizaré mi intento?

Refiriendo los hechos y circuntancias que determinan mi reacción mental; exponiendo sucinta y sencillamente lo que los libros me han enseñado, y que yo, con la observación y la reflexión, he comprobado que es verdad.

Presumo que vosotros, aunque sea por simple curiosidad, leeréis lo que yo escriba; ¿cómo no leer lo que escribe el compañero de trabajo, el que vive en vuestro propio conventillo?

FACUNDO RIVERO

Mauricio Maeterlinck

Hace cosa de veinte años reinaba la mayor anarquía en el arte y en la literatura. Jamás se dió una expansión más libre que entonces á los temperamentos, cada uno de los cuales quería afirmarse con la mayor autonomía. Teniendo en cuenta que la esencia del arte es inmortal, pocos trataron de controvertirla, preocupándose más de transformar su apariencia, haciéndola salir de las modas tradicionales. Fueron, pues, objeto de revolución las modalidades artísticas, señalándose las más singulares tendencias en arquitectura, en pintura, en música y en literatura.

Entre los escritores de forma revolucionaria hay que citar á Mauricio Maeterlinck, quien se entregó á los mayores atrevimientos de versificación en su volumen de poesías «Seres chaudes». Como en Europa se desconocía á la sazón á Walt Whitman, el célebre poeta norteamericano, no se fijaron los críticos en la directa influencia de éste sobre Maeterlinck, que no llega, sin embargo, á la altura de su genial maestro. Vino éste, en medio de la decadencia moderna, con sus salvajes melodías. El autor belga imitó el ritmo de sus estrofas, que se mueve con la mayor libertad: indómito, libre, espontáneo y natural. La irregularidad rítmica de los versos de Whitman, que son verdaderas sinfonías poèticas, producen la impresión de lo que Wagner denominaba la melodía infinita. Los versos de Maeterlinck ofrecen poca hermosura de sentimiento, de pensamiento y descripción. Los más resultan anodinos, salvo uno que otro expresivo de trágica inquietud, en la impresión de lo cual ha mostrado siempre Maeterlinck más personalidad.

Aquí empezó á consagrar un culto artístico al misterio, que algunos autores consideran como el principal sustento del arte. De ahí nació el simbolismo huero que, menospreciando lo humano, pretendía emanar de un nebuloso cielo metafísico de eternidad. Como lo Inconocido no era conocido de los noveles literatos, que asumían aires de Genio, fiaban su expresión á las palabras de musicalidad más rara y de sentido más vago, que encadenaban unas á otras con la mayor despreocupación sintáxica. No se distinguieron por la verdad de sus sentimientos, pues el socorrido misterio tenía oculta á esa verdad, ni ofrecieron justeza de imágenes, pues sólo buscaban lo paradógico, y sus ideas deleznables desaparecían bajo la suntuosidad del símbolo, que no era más que ropaje.

Muchos talentos se agostaron en esas tendencias peregrinas que sólo aportaron al arte las sensaciones artificiales de espíritus que vivían en constante afectación moral. A lo sumo, consiguieron extremar la nota de la literatura de sensación y de visión; y valen por cierta intensidad en la impresión de lo fúnebre, de lo enfermizo y de lo inquieto.

Más que nadie encarnó Maeterlinck esa literatura de sobresalto en sus piezas teatrales, en las que su estética simbolista alcanza su apogeo. Después de estudiar á Shakespeare y á su pléyade de predecesores y de sucesores, concibió el propósito de realizar un teatro metafísico, por decirlo así, para lo cual se aprovechó tambien de los elementos estéticos de la tragedia griega. Maeterlinck quería reducir las pasiones humanas á un quintaesencia, despojándolos de lo contemporáneo y de lo contingente. Así llegó á un caso de abstracción y de pesadilla, á lo cual cuadyuvaba el imperio que, sobre la existencia humana, atribuía á un poder invisible, que llamaba la Razon desconocida y no era más que el Destino ó la Fatalidad.

Esto es lo que se nota en las primeras obras de Maeterlinck, en «La princesa Malena. Los ciegos, Interior, La intrusa, Peleas y Melisanda, Aglavaine y Selysette», donde no hay que buscar caracteres humanos, pues los personajes, con su flaco corazón en miniatura, antes parecen titires. Desde este punto de vista, el drama de Maeterlinck no tiene ningún valor; pero no carece su conjunto de belleza, pues produce raras impresiones, sobre todo de terror y de vaguedad.

Como se vé, más que un progreso, la estética de Maeterlinck significaba un retroceso, dado que otorgaba, como los místicos, más importancia á lo invisible que á lo visible, mientras que el hombre se interesa cada día más por lo que á él atañe, como es la humanidad. Esta era feudataria, en Maeterlink, de lo Inconocido, del cual salía y al cual volvía, supeditándola también al poder de la naturaleza cósmica, á la que Maeterlinck infundía fantástica espiritualidad, en su conato exagerado de panteísmo místico.

(*Continuará.*)

Servicio médico

HORAS DE CONSULTA: DE 1 Á 3 P. M

A. Prunés, Vázquez 101.
J. Obiol, Colonia 418.
M. Devincenzi, Juncal 241.
A. J. Vallvé, Millan 362.
A. Isole, Andes 218 (especialista).
J. F. Canessa, 18 de Julio 465.
E J. Toscano, Agraciada 201.
S. B. Rodrigues, Agraciada 931.
C. Sánchez y Jimenez, Grecia 131, (Cerro).
L. Demicheri, 18 de Julio 311, (especialista).
Morfino, Mercedes 38c (especialista).
J. P. Aicardi, San José 7, (especialista).
Dr. Mackinon, Agraciada 910 (Paso Molino).
V. Nisivoccia, Goes 161.

Servicio farmacéutico

T. Giguens, Colonia 385.
J. Dreyer, 18 de Julio 766.
Rey y Falco, 18 de Julio 114.
P. Bonasso, 18 de Julio 771.
J. Rebella, 18 de Julio 176, (Unión).
G Bandano, 18 de Julio 503.
Beisso y Surraco, calle 18 de Julio 216.
P. A. y Zipitría, 18 de Julio 272 (Unión).
Taddei y C.ª, Charrúa y Magallanes.
J. Lauza, Constituyente y Blanes.
C. Rebella, Magallanes y Lavalleja.
Brin, Migueleto y Sierra.
Rosati Yaguarón 175.
M. García; Reducto 158.
S. y Ferrús, Reconquista 228.
Yannicelli, Maldonado 298.
Casella y Morató, Ibicuy y Maldonado.
A. Sanguinetti, Uruguay 399.
F. Scanavino, Rondeau y Orillas del Plata.
Del Aguila, Agraciada 386 B.
J. Pochintesta, Goes 74.
M. Lage, Grecia (Villa del Cerro).
S. Schinckendantz, Pereyra 86 c, (Pocitos).
F. Bengoa, Agraciada 928 (P. M.).
T. Salgado, Goes y Bartolomé Mitre.
J. Fontela, 18 de Julio 53 (Farmacia Homeopática).

Dentistas

Don José Fortuny, calle 18 de Julio 578.
D. Rinaldi y Guerra, Plaza Independencia 113, esquina 18 de Julio.

Establecimientos balnearios

C. Ciémera, Soriano 71.
A. Gebelin, Canelones 20.

ORTOPÉDICO

J. Del Pino, San José 166.

APARATOS OPTICOS

J. Cuadri y Ca.; 18 de Julio 470.

SERVICIO FÚNEBRE

A. Icart y Alvariza, San José 293.

Empleados

Inspector-Secretario, Pedro Denis, Chaná 10.

Recaudador y Auxiliar: S, Del Cas, Lavalleja 75.

NOTA—Las horas de oficina de Secretaría son de 10 a. m. á 5 p. m. en los días hábiles y de 8 á 10 en los días feriados.

Imp. LATINA, calle Uruguay, núm. 26

fuera:—un dia hermoso, querido señor! Le aseguro que me acordaré mientras viva.

Mi padre dió el brazo al maestro, éste me cogió por la mano, y bajamos el caminito. Encontramos dos muchachitas descalzas que conducían vacas, y á un muchacho que pasó corriendo con una gran carga de paja al hombro. El maestro nos dijo que eran dos alumnas y un alumno de segunda, que por la mañana llevaban las bestias al pasto y trabajaban en el campo, y por la tarde se ponían los zapatitos é iban á la escuela. Era ya cerca del medio dia. No encontramos á nadie más. En pocos minutos llegamos á la posada, nos sentamos á una gran mesa, colocándose el maestro en el centro, y empezamos enseguida á almorzar. La posada estaba silenciosa como un convento. El maestro rebosaba de alegria, y la emocion aumentaba el temblor de sus manos; casi no podia comer. Pero mi padre le partía la carne, le preparaba el pan y le ponia la sal en los manjares. Para beber era necesario que tomase el vaso con las dos manos; y aun así le golpeaba contra los dientes. Charlaba mucho con calor, de los libros de lectura de cuando era jóven de los horarios de entonces, de los elogios que los superiores le habían otorgado, de los reglamentos de los últimos años, sin perder su fisonomia serena, más encendida que en un principio, con la voz simpática y la cara animada de un muchacho. Mi padre no se cansaba de mirarle, con la misma expresion con que á veces le sorprendo yo cuando me mira en casa, pensando y sonriendo á solas, con la cabeza algo inclinada hacia un lado. Al maestro se le vertió el vino sobre el pecho, y mi padre se levantó y le limpió con la servilleta.—¡No, eso no, señor, no lo permito! —decia riéndose. Pronunciaba algunas palabras en latin. Al fin, levantó el vaso, que le bailaba en la mano, y dijo con mucha seriedad:—A su salud, querido señor,.. á la de sus hijos y á la memoria de su buena madre!—¡A vuestra salud, mi buen maestro!—respondió mi padre apretándole una mano. En el fondo de la habitacion estaban el posadero y otros, que miraban y sonreian de tal modo, que parecia que gozaban en aquella fiesta en honor del maestro de su pueblo.

A mas de las dos salimos, y el maestro se empeñó en acompañarnos á la estacion. Mi padre le dió el brazo otra vez) y él me cogió de nuevo de la mano; yo le llevaba el bastón. La gente se detenia á mirar, porque todos le conocían; algunos le saludaban. Cuando llegábamos á determinado sitio del camino, oimos muchas voces que salían de una ventana, como de muchachos que leian juntos. El viejo se detuvo y pareció entrisiecerse.

—He ahí, querido señor mio—dijo—lo que me da pena: oir la voz de los muchachos en la escuela, y no estar con ellos y pensar que está otro. He escuchado sesenta años seguidos esta música, y mi corazon estaba hecho á ella Ahora estoy sin familia! Ya no tengo hijos.

—No, maestro—le dijo mi padre reanudando la marcha;—usted tiene ahora muchos hijos esparcidos por el mundo, que se acuerdan de él como me he acordado yo siempre.

—No, no—respondió el maestro con tristeza; —ya no tengo escuela, ya no tengo hijos. Y sin hijos no puedo vivir mas. Pronto sonará mi última hora.

—No diga eso, maestro, no lo piense—repuso mi padre.—De todos modos, usted ha hecho tanto bien!... ¡Ha empleado su vida tan noblemente!;.

El viejo maestro inclinó un momento su blanca cabeza sobre el hombro de mi padre, y me apretó la mano. Habíamos entrado ya en la estacion. El tren iba á partir.

—¡Adios maestro!—dijo mi padre abrazándole y besándole la mano.

—¡Adiós, gracias, adiós!—respondió el maestro, cogiendo con sus temblonas manos una de mi padre, que apretaba contra su corazón!

Luego le besé yo; tenia la cara mojada por las lágrimas. Mi padre me empujó hacia dentro del coche, y en el momento de subir cogió con rapidez el tosco baston que llevaba el maestro en su mano, poniéndole en su lugar una hermosa caña con puño de plata y sus iniciales, diciéndole:—consérvela en mi memoria.

El viejo intentó devolvérsela y recobrar la suya; pero mi padre estaba ya dentro y había cerrado la portezuela.

—¡Adiós, mi buen maestro!

—Adiós, hijo mio—contestó él (el tren se puso en movimiento)...—¡y Dios le bendiga por el consuelo que ha traido á un pobre viejo!

—¡Hasta la vista!—gritó mi padre con voz conmovida.